

pueda, todo afecto á ellas. Verdaderamente es bienaventurado el tal pobre, porque suyo será el reino de los cielos. Pero el que hiciere lo contrario será infeliz y maldito, pues su porcion será la extrema pobreza y la perpetua indigencia en los calabozos infernales, donde sufrirá el hambre y una sed continua; de donde ningun amigo, ni hermano, ni padre podrán rescatarlo; donde ni ayudarlo podrán siquiera, ni él mismo tendrá medio de evitarlas, ni le valdrá la sabiduría mundana, antes será de hecho privado de todas aquellas cosas que quiso obtener contra la doctrina de Cristo, y allí será atormentado por los siglos de los siglos.

### CAPÍTULO III.

#### *Del voluntario desprecio de Jesucristo.*

La segunda compañía, á la que estuvo continuamente unido Jesucristo mientras vivió en este mundo, fue el voluntario y perfecto desprecio de sí mismo, queriendo sufrir siempre la abyeccion, la ignominia y la vergüenza. Efectivamente vivió como un siervo despreciable, vendido y no rescatado; y no solo como siervo, sino que quiso ser tenido como un siervo malvado é inícuo, y como tal burlado de todos, escarnecido, cargado de oprobios, atado, golpeado, azotado, y por fin, sin haber dado para ello ningun motivo, condenado como vil y miserable reo á morir entre ladrones en la mas infame y vergonzosa muerte, sin tener quien le defendiese. Si durante el curso de su vida quiso alguno darle muestras de honor temporal, siempre se opuso á ello de palabra y de obra, desechando toda alabanza mundana, y aceptando voluntariamente y sufriendo los desprecios, á los cuales no daba por su parte ninguna oca-



sion ni motivo. El Dominador del mundo fue de casi todos perseguido, burlado y escarnecido, sin razon y sin que hubiese él ofendido ni injuriado á nadie. Siendo niño, fue luego de nacer perseguido, viéndose obligado á escapar á una tierra de idólatras; cuando mayor fue por unos llamado samaritano y poseído del demonio; por otros gloton, bebedor de vino, seductor y falso profeta: por aquí decian de él: *No es profeta, no es justo, ni hace milagros por la virtud de Dios, sino que arroja los demonios con el poder de Belcebub, principe de los demonios.* Unos le llevaron á la cima de un monte para precipitarle en un despeñadero; otros cogieron piedras para tirárselas, levantando contra él un clamoreo en que se le prodigaron las injurias, las befas, las calumnias y las blasfemias de los que conjuraban contra él, é inventaban todo género de falsedades y embustes para perderle. Por fin, le prendieron de un modo el mas vil llevándole á diversos jueces, tribunales y consejos, y allí unos le escupian al rostro; otros le daban bofetadas: unos le vistieron de un manto de burla; otros le coronaron de espinas, y doblando ante él

la rodilla por mofa, le daban golpes en la cabeza: unos le vendaban los ojos, y lo exponian á toda suerte de irrisiones; otros le azotaban: aquellos, cual mastines sedientos de sangre, le enseñaban sus dientes, pidiendo á gritos su condenacion á muerte, como la de un público malhechor; y habiéndoles sido abandonado, le condujeron al patíbulo cargado con su cruz y abandonado hasta de sus propios discípulos. Uno de estos le negó; le entregó otro, y los demás huyeron. Quedó solo y desnudo el día solemne de la Pascua en medio de aquella turba que se reuniera para celebrarla, y clavado como reo en una cruz en medio de dos ladrones, fue levantado en alto. Moribundo ya, y lamentándose y orando por sus verdugos, era insultado por los que le decian: *Ah, tú el que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres dias, sálvate á ti mismo.* Y otros gritaban: *Si ha salvado á otros, ¿por qué no se salva á si mismo?* Á su vista estaban echando suertes sobre su vestido; y mientras agoniza y pide de beber le presenta uno hiel y vinagre en lugar de agua; y otro, despues de haber espirado ya, le traspasa con una lanza su costado; y des-



pues que fue depuesto y descendido de la cruz, quedó desnudo sobre la tierra por no haber cómo darle sepultura, que hubo de tener de limosna. Ni aun entonces faltaron algunos enemigos suyos, que levantaron querellas delante de Pilato, diciéndole : *Señor, nos acordamos que dijo aquel impostor, cuando todavía estaba en vida, despues de tres dias resucitaré.* Despues unos dudaron de la verdad de su resurreccion, y otros la negaron. Así es, pues, como en su vida, en su muerte y despues de ella se halló en un continuo desprecio, ignominia y envilecimiento; y lo sufrió todo para llegar en cuanto hombre á la gloria de su exaltacion, y para elevarnos á nosotros á la eterna felicidad. Por lo tanto, el glorioso Hijo de Dios se constituyó nuestro modelo, nuestro ejemplar, nuestro Doctor y Maestro á fin de que despreciemos la gloria temporal, y para que no solo no andemos en su busca, sino que la rehusemos, aun cuando se nos presente y se nos ofrezca.

Jesús no buscó ciertamente su propia gloria en todo el discurso de su vida, sino la de su Padre celestial, humillándose á sí mismo, y anonadándose hasta tomar la forma de es-

clavo, y ser obediente hasta la muerte, y no muerte ordinaria, sino cruel, ignominiosísima é infame, cual es la de cruz. Pero ¡oh dolor! ¿qué hombre hay en el día que tenga amor á tal compañía? es decir : ¿quién hay que huya de los honores, que elija lo que es propio de la pobreza, de la condicion humilde y de los destinos bajos, y que prefiera ser abatido, despreciado y anonadado? ¿Quién hay que no quiera lucir por el bien que hace, ó por los bienes que posee, y ser alabado de los aduladores? Y sin embargo, ninguno va por el verdadero camino, ni adelanta un solo paso para ponerse en él, si no trabaja por unirse por un verdadero amor con Jesucristo, cabeza del cuerpo moral de los fieles.

Hay algunos que dicen : yo amo y quiero amar á Dios, y no siento que el mundo no me honre; mas no quiero que se me avergüence, ni ser envilecido, ni vituperado, ni recibir tampoco en presencia de nadie confusion alguna. Pero esto es un signo evidente de poca fe, de poca justicia, de poco amor y de mucha tibieza. Porque, ó cometió la falta, que le mereció la pena, la confusion y la crítica, de la que pocos pueden justamente



excusarse, ó no la cometió. Si la cometió, ya sea con actos públicos ú ocultos, debe como verdadero penitente resignarse con paciencia á satisfacer por su culpa con el alma y cuerpo, y esto por dos razones: la primera, porque aquella pena, aquella confusion y vergüenza sobrellevadas con paciencia, satisfacen á Dios y al prójimo: la segunda, porque así lo dispone la divina Justicia. Y si no hubiese cometido falta alguna real ni de voluntad ni de accion, debe no obstante sobrellevar toda la vergüenza y confusion permitida por Dios, y sufrirla con cien veces mas paciencia que la primera, y aun con júbilo, ya porque con ello tiene la dicha de parecerse á Jesucristo inocente y cubierto de confusion, ya porque aquella pena, confusion y vergüenza se convertirán en aumento de gracia, y es claro que creciendo el mérito de la gracia, ha de crecer el don y el premio de la gloria. Por otra parte sufriendo la vergüenza y confusion no merecidas por falta propia, se adelanta mucho y crece en perfeccion el alma santa, haciéndose mas amiga de Dios; así como se perfeccionan aquellos que sufren por amor de Dios la pobreza y las tribulaciones.

Jesucristo amó la abyeccion y huyó de los honores para enseñar á sus discípulos y amigos el modo de crecer en méritos y en gracia. Esta fue, pues, la segunda compañía, unida continuamente á la vida de Jesucristo. Por lo que, si queremos considerar bien el principio, el medio y el fin extremo de la vida de Jesucristo, Hijo de Dios, verémos que toda consiste en la humildad, en vivir en este mundo sin honor, despreciado y reprobado del mundo y de sus amadores.